

1

1-25

C
50-70

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:	C
Estante:	001
numero:	096

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21



B. 36.245

C.D. 215

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE LOS ESTUDIOS

DE LA

ESCUELA INDUSTRIAL DE COMERCIO

Y DE NAUTICA DE CADIZ,

EL 10 DE OCTUBRE DE 1855.

POR

DON CÁRLOS A. FITZ-HENRY,

CATEDRÁTICO DE IDIOMA INGLÉS DE LA MISMA.



CÁDIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA.

1855.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

096 (1)

B. 36.245

C.D. 215

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE LOS ESTUDIOS

DE LA

ESCUELA INDUSTRIAL DE COMERCIO

Y DE NAUTICA DE CADIZ,

EL 10 DE OCTUBRE DE 1855.

POR

DON CÁRLOS A. FITZ-HENRY,

CATEDRÁTICO DE IDIOMA INGLÉS DE LA MISMA.



CÁDIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MEDICA.

1855.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA

á cargo de D. Juan B. de Gaona,

PLAZA DE LA CONSTITUCION, NUMERO 11.

EXCMO. SR. Y SEÑORES:

Nadie puede considerarse menos digno que yo de dirigir á V. E. y á V. SS. la palabra desde este honorífico lugar, y en tan solemne ocasion, falto no solamente de las dotes de elocuencia, y de las riquezas de instruccion de los dignos comprofesores que en años pasados me han precedido en esta cátedra, sino desprovisto hasta de los conocimientos necesarios para espresarme con facilidad y correccion en un idioma que no es el de mi pátria: pero confiado en la benevolente indulgencia que á todos distingue, en el recuerdo de los innumerables favores que he merecido á este pais, principalmente el de mi regeneracion religiosa, y en la profunda gratitud que por ellos conservará mi corazon mientras respire, me atrevo á ocupar por breves momentos la atencion de tan distinguido auditorio.

Por cuarta vez despues de la ereccion de las antiguas clases del Consulado en la Escuela Industrial, de Comercio y Náutica, nos reunimos en este sitio para dar principio á nuestras tareas, inaugurando una de las mas nobles y mas elevadas misiones del hombre sobre la tierra; la enseñanza de la juventud, la formacion del hombre futuro, el cultivo de las semillas de la ciencia en las juveniles inteligencias, semillas que habrán de germinar y fructificar un dia, realizando, no lo dudo, las mas halagüeñas esperanzas; pues que los que hoy se nos presentan en esta Escuela como alumnos, serán acaso llamados un dia á ocupar altos destinos, y tal vez á regir la nave del Estado. En



toda época, Señores, esta enseñanza constituye un cargo gravísimo, tremendo; pero en ninguna mas que en la actual, en que la inteligencia humana ha tomado tan alto vuelo en su esfera de actividad; hoy, que parece enseñorearse de las mas elevadas concepciones de las artes, de las ciencias y de las letras; hoy, que la razon humana, desdeñándose de recibir inspiraciones de ninguna parte, y de reconocer autoridad fuera de sí misma, se ha erigido en árbitro supremo de sus propios actos, y ha osado medir la fuerza de su brazo con la del Omnipotente. Y sin embargo, Señores, con toda esta soñada prepotencia, ¿qué es el hombre sin su Criador? Nada, absolutamente nada. Y contrayéndome á lo mas sublime que ha concebido el hombre, diré qué son las letras. Pues, á la verdad, ¿qué son estas? Simplemente el pensamiento y la palabra del hombre, pero subsiguientes al pensamiento y á la palabra de Dios, pues que ellas así como todos los conocimientos humanos dependen del conocimiento de Dios.

Las letras en su mas elevada y mas brillante expresion reflejan el esplendor *de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno*, que son cosas divinas: y véase porque no es una vana figura del lenguaje el llamar á las escuelas «el santuario de las letras.» Estas en su mas vulgar y sencilla expresion encierran la poderosa armonía de las palabras, de las ideas y de las cosas, es decir, la paz del mundo! «Las turbulencias son malos gramáticos», decía en otro tiempo Montaigne, y con sobrada verdad, y no temo afirmar, por estraña que parezca la asercion, que la gramática y el diccionario son las dos columnas de la razon y de la sociedad humana; y si se me acusase de emitir una paradoja, no serian ciertamente los protectores de esta Escuela los que tal acusacion me hicieran. Mas para que las letras sean la paz del mundo, y la gramática una de las columnas de la sociedad humana, necesario es que aquellas y esta sean enseñadas por quien marche por los senderos en cuyo confin se muestra siempre el resplandor de Dios, que lo ilumina todo, y hace irradiar á los ojos del maestro, del literato, del filósofo digno de este nombre, la belleza, la verdad, el bien en su estado natural ó sobrenatural, encendiendo en su alma esa llama celeste á la cual nada hay parecido en el resto de la naturaleza, y que se apellida fuego sagrado, nombre popular y glorioso del genio inspirado de Dios; de Dios para quien

es la gloria en las alturas, y que da la paz á los hombres de buena voluntad.

Todo esto, Señores, no tiene otra razon, sino el que hay algo *de divino* en el hombre, (y cuenta, Señores, que no aludo al panteismo, ¡libreme Dios!) sino que el Criador al formar el hombre, lo formó á su imágen y semejanza, y tuvo complacencia en producir magníficamente en él los grandes rasgos de su perfeccion y de su gloria: la inteligencia y el amor. El hombre era su obra maestra, y cuando lo dotó de una tan bella naturaleza, agrególe todas las ricas facultades, todos los nobles atributos que de El se derivan, la inteligencia, el talento, el genio, el buen sentido, las gracias del lenguaje, el buen gusto, la inspiracion en la poesia, en las artes, en las ciencias exactas y naturales, todos esos dones maravillosos que son el reflejo, y como la gloria de Dios en el hombre y en sus producciones. Por tanto, no me maravillo de ver el epíteto de *divino* tan frecuentemente unido por los grandes filósofos, y por los mismos Padres de la Iglesia, á la poesia, á las artes, á las ciencias y aun á la misma gramática: «*Gramaticæ pene divinam vim*», decia S. Agustin, esto es, á las letras en todo lo que tienen así de mas elevado como de mas humilde.

Pues, por una parte, lo que mas perfectamente espresa la presencia de Dios en la creacion y en las obras divinas, es el hombre. Este con uno solo de sus pensamientos, con una sola de sus miradas espresa á Dios mas que ninguna otra criatura, mejor que el universo entero; la mirada del sol por mas esplendente que sea, no refleja el rayo divino que brilla en el ojo del hombre. Pero, por otra parte, la grande, la singular prerogativa de las letras, de las ciencias, y de las artes, es que á su vez ellas espresan al hombre, viva imágen de Dios, mas perfectamente que todas las demás creaciones humanas.

Nosotros los que por buena ó mala fortuna hemos emprendido la difícil cuanto espinosa carrera del profesorado, tenemos una estrecha, una indeclinable obligacion de inculcar, de grabar profundamente en el corazon de nuestros alumnos estas relaciones, esta derivacion y dependencia de los conocimientos humanos del conocimiento de Dios; como que la direccion buena ó mala que en medio de las sociedades humanas, toman las ciencias ó las letras, y por consiguiente la accion saludable ó funesta

que ejercen sobre las inteligencias, dependen de la creencia en esos principios de un orden superior, que engendran todo el saber humano, y que rigen el espíritu del hombre (aun sin saberlo él mismo) cualquiera que sea la esfera en que su actividad se ejercite. Ciertamente, Señores, sería objeto de un hermoso libro, el demostrar esa dependencia, el establecer ese poder soberano y universal de los principios religiosos, sobre las ciencias, las letras y las artes.

No me es dado á mí, destituido, como he dicho, de talento é instruccion, emprender en este desaliñado discurso esa demostracion en toda su latitud, y habréme de contentar con algunos breves ejemplos, fijándome primero en las ciencias llamadas exactas, (con preferencia al arte de hablar) por lo mismo que una preocupacion que me atrevo á llamar vulgar, las cree mas independientes que todas las otras de la accion de los principios filosóficos y religiosos. El gran filósofo de la antigüedad, Platon, gentil y todo como era, dió á las matemáticas el nombre que Dios se dió á sí mismo, «Yo soy el que soy, el que seré siempre». Aquel célebre filósofo y moralista decia: la geometría eleva el alma, y la enriquece con las verdades esenciales puramente inteligibles. El matemático tiene por objeto de sus especulaciones *lo que es siempre*, palabra sublime; palabra con que se destinaba á formar ciudadanos religiosos y filósofos; palabra que se desvelaban por hacer entrar en el plan de la primera educacion. Al dar lecciones de cálculo y de geometría habia la intencion de insinuar los principios de la mas pura metafísica, de la mas pura moral. Esta cadena de conocimientos era indisoluble en el proyecto del gentil Platon. ¡Cuánto mas lo habrá de ser en el de los filósofos y profesores cristianos! Es bien seguro que si aquel grande hombre hubiese podido prever que llegaria un tiempo en que los libros de matemáticas se multiplicasen bajo todas las formas, bajo todos los títulos, y en todos los paises del mundo, no habria dudado de que entonces los hombres se hubieran hecho mas religiosos, mas veraces, mas juiciosos y mas respetables. Si tal no sucede, á pesar de hallarnos iluminados con la luz de la verdad evangélica, no acusemos, no, á las ciencias, atribuyamos la culpa al olvido de que *del conocimiento de Dios dependen todos los conocimientos humanos.* «*Deus scientiarum Dominus est*» (1 Reg. 2, 5).

El número, el espacio, la duracion, son las bases fundamentales de las matemáticas, y en nuestra manera de concebir, la duracion, el número y el espacio son infinitos. Síguese de aquí, que la direccion de la ciencia cambiará de un todo segun las ideas que ella se forme del número, del espacio y de la duracion del infinito. Estas ideas que engendran las matemáticas se derivan, dependen de una ciencia mas alta; pertenecen ellas por su naturaleza al dominio de la metafísica, y eso solo es ya suficiente para probar que los progresos de las ciencias exactas están subordinados al conocimiento de las leyes del mundo inmaterial, del mundo moral.

El infinito en grandeza se encuentra en las matemáticas elementales; en las altas ó sublimes, las nociones del infinito constituyen la base de la enseñanza, y á ellas son debidos los inmensos progresos de la ciencia en los tiempos modernos. La geometría descansa sobre las abstracciones siguientes: el plano es una estension infinita en longitud y latitud, pero sin profundidad; la línea es una estension infinita en longitud solamente; el punto no tiene ni longitud, ni latitud, ni profundidad, ó por mejor decir, es infinitamente pequeño en las tres dimensiones; agréguese á esto que los sólidos están formados por una reunion de planos, los planos por una reunion de líneas, y estas por una reunion de puntos. El punto es el elemento infinitamente pequeño que engendra los espacios finitos y limitados, los únicos que nosotros podemos considerar, y en cuya estension se verifican los fenómenos que importan á la satisfaccion de las necesidades de nuestra vida material. Una estension mas pequeña, no solamente que todo cuanto nuestros sentidos perciben, sino tambien que lo que nuestro espíritu puede concebir, engendra las figuras finitas y limitadas sobre las cuales se ejercitan nuestros sentidos.

Prosigamos esta esposicion: admítese generalmente que la materia es inerte, es decir, indiferente al movimiento y al reposo, de tal modo que puesta en movimiento por una causa cualquiera persiste en él sin que este movimiento aumente ó disminuya. Este principio no es mas que una abstraccion imaginada para favorecer el trabajo de nuestro espíritu, y que consiste en separar la idea de la substancia de las fuerzas que obran sobre ella. Pues que todas las partículas materiales que nos-



otros percibimos están en movimiento, nos vemos obligados á confesar que ignoramos si la materia puede existir en un reposo absoluto. Es lo cierto que una especie de fascinacion se apodera del hombre, cuando siente el movimiento de la naturaleza en medio de los elementos desencadenados por una tempestad que parece aniquilarlo, así que, su alma se une á pesar suyo á los elementos irritados y con ellos se identifica. El hombre, á despecho tal vez de su razon, como que siente que la naturaleza posee vida y movimiento como él, y tiene que simpatizar con ella, tiene que sufrir una especie de influencia magnética que le hace tranquilizarse ó temblar segun que la naturaleza parece sonreirse ó enfurecerse.

Dispensadme, Señores, si me aparto del objeto que me he propuesto; perdonadme si mi imaginacion se hace oír, cuando solo la razon es la que debe llevar la palabra. Nosotros sabemos que nuestra voluntad posee la facultad de mover una porcion de materia muy reducida; pero no comprendemos cómo esto se hace; y del mismo modo admitimos la existencia de substancias que en sí mismas no gozan de esta propiedad, sin que nos sea posible conocer esas substancias en su naturaleza íntima y en su esencia; reconocemos, sí, la existencia de las causas segundas, de la causa suprema; pero no nos es dado comprenderlas. Percibimos igualmente las modificaciones que el movimiento de los cuerpos experimenta, pero nada sabemos sobre su formacion originaria. Y sin embargo ese es nuestro punto de partida para establecer nuestras teorías sobre el peso y la velocidad. El misterio existe, pues, en el origen de las ciencias matemáticas como en el de todas las demás.

La gravedad es una fuerza constante que obra en todos los momentos. El móvil sometido á su accion se mueve en virtud de una velocidad adquirida, que va en aumento, de modo que produce una aceleracion continúa. Si recibiese nuevas impulsiones á intervalos fijos, su acrecentamiento de velocidad se haria mas palpable y seria mas fácilmente valuado. Multiplicando estremadamente los intervalos ¿se llegaria á una aproximacion bastante exacta? Eso es verdad en la práctica, pero no puede aceptarse como tal cuando se trata de una rigurosa demostracion. Al querer hacer palpables las matemáticas sublimes, se les ha arrebatado la fecundidad que tenian en los primeros

inventores. Por mucho que en esta verdad insista, nunca será demasiado: el hombre, Señores, no puede completar los conocimientos que le es dado adquirir sobre las cosas, aun las que pertenecen al mundo material, sin hacer uso de esa facultad asombrosa, inherente á las inteligencias finitas, de **creer y aceptar** firmemente unos principios que ellas no comprenden sino por ciertos lados, y que no pueden abarcar en conjunto. En el método de que hablo, por mas que se multipliquen los intervalos, jamás se llega á hacerlos infinitos; tan grande es siempre la diferencia, aun cuando no sea apreciable para nuestros sentidos. Lo finito jamás puede enjendrar lo infinito; en vano es que el espíritu vuelva y revuelva en todos sentidos la idea del finito, jamás sacará de ella la del infinito.

El error filosófico y capital de ciertos hombres científicos, es y ha sido, el creer que el espíritu humano puede percibir las cosas generales de una manera completa y palpable. Creen ellos que nuestra inteligencia es finita y limitada en este sentido, en el de que ella no puede comprender sino un número reducido de verdades; pero están persuadidos de que estas verdades puede percibirlas, conocerlas en toda su estension. Mas no hay nada de eso; el infinito se presenta en el fondo de todas las cuestiones, y nos impide abarcar todo por completo. ¡Cosa admirable! Nosotros poseemos el poder de aceptar por una fé natural verdades relativas al órden material, que nos son útiles y necesarias, y estamos dotados de esa facultad, porque como ya he dicho y lo repetiré cien veces, hemos sido criados á imájen y semejanza de Dios, que ha impreso en nosotros como un reflejo de algunos de sus atributos y de sus intuiciones, haciendo depender de Él cuanto podemos conocer en el universo entero. Las intuiciones divinas, empero, son claras y distintas de una manera infinita, sus atributos perfectísimos. Dios ve el todo de todo, el hombre no ve el todo de nada. En este siglo de soberbia y orgullo se ha supuesto que el espíritu humano podia comprender perfecta y completamente ciertas cosas, y partiendo de este principio equivocado, se ha deducido la consecuencia de que es como una parte integrante del gran todo, y que va desarrollándose, transformándose, aproximándose mas y mas al conocimiento infinito, á la omnisciencia. En verdad que las tan funestas como ilógicas consecuencias que se desprenden de este

principio, debieran bastar para que fuese desechado, y sin embargo, hay hombres tan obcecados que no las perciben, ó que ante ellas no retroceden. ¿De dónde procede esto sino de una falsa direccion dada al estudio de las ciencias? ¿De dónde sino del olvido de que del conocimiento de Dios dependen los verdaderos conocimientos humanos? ¿Y esta direccion quién la da? ¿Y este olvido quién lo padece! Algunos hombres, superiores tal vez, pero soberbios é imbuidos en ideas falsas sobre los puntos fundamentales de donde proceden las ciencias, y que las enlazan, digámoslo así, con la religion.

No menos cierto es, Sres., que el conocimiento de todos los demás ramos del saber se deriva y depende tambien de ese soberano principio, del conocimiento de Dios.

Por largos años vino la razon humana en la antigüedad, ilustrándose con la luz revelada en el estudio de todas las ciencias, y de los fenómenos físicos y morales de la creacion, y entonces daba pasos inmensos. Un hombre solo, un Alberto Magno, un Sto. Tomás de Aquino, podia sin sobrada temeridad emprender el cuadro de la ciencia universal y dar la síntesis del mundo sin estraviarse. Pero, desde que el hombre en mal hora, ha creído poder caminar, guiado por la vacilante luz natural, desde que la mal llamada filosofía se ha divorciado de la revelacion, como el protestantismo se ha divorciado de la Iglesia, la razon marchando al acaso en el desierto de su pensamiento poblado de fantasmas é ilusiones, y no hallando en parte alguna un faro que alumbre su camino, lo ha sometido sucesivamente todo á sus investigaciones, lo ha afirmado todo, ha dudado de todo, lo ha negado todo; de extravagancias en extravagancias ha llevado su desvarío hasta el punto de renegar de sí misma, no, desgraciadamente para confesar su impotencia en crear la verdad, sino por un postrer esceso de orgullo, y como para castigarse del instinto que la impulsa á volver hácia Dios.

La razon emancipada, es decir, incrédula, no hace otra cosa, desde el dia de su triste victoria, que trabajar en destruir lo que la razon sumisa ó creyente, habia edificado tras largos siglos é inmensos trabajos. Ya parece que aquella deberia haber concluido; pero por una parte, era tal la grandeza y la solidez de la obra que ciertas partes del edificio resisten aun; y por otra, es tal el frene-

sí de destrucción que nada la detiene. Los sectarios de la enseñanza independiente de Dios se multiplican, acaso sin saberlo, bajo la influencia del principio protestante. Ellos atacan las últimas bases del edificio social, puestas al descubierto, con la misma impericia que sus predecesores atacaron su belleza exterior.

Unos mismos principios admitidos una vez, en todos tiempos, y en todas partes producen las mismas consecuencias, y un rigor del todo fatal gobierna la lógica de las opiniones y de los movimientos sociales. Así como el primer reformador había dicho: «A la razón sola pertenece el derecho de buscarse una religión en la Biblia;» el primer ecléctico ha gritado: «A la razón sola pertenece el derecho de buscarse una doctrina independiente en todas las enseñanzas.» El primero ha producido millares de sectas religiosas, y el segundo millares de sectas racionalistas, esto es, ateas. El primero ha introducido el desorden en la conciencia; el segundo ha puesto el colmo al desorden en el pensamiento. Y ¡cosa singular! ni uno ni otro, ni el novador religioso, ni el novador racionalista han podido formar escuela; ¡tan cierto es que el error solo sirve para destruir, para disolver! Inútilmente emplea Lutero la espada de los príncipes para apoyar su doctrina y protegerla contra el espíritu de innovación de que es ella misma á un tiempo, resultado y causa; de cada aldea sale un teólogo dispuesto á reformar al reformador. Del mismo modo, el jefe de los eclécticos, dominador soberano de las escuelas independientes, Mr. Cousin, trata en vano de implantar sus sistemas en las juveniles inteligencias; al salir de su aula, los discípulos se jactan de no serlo, y de no haber aprendido de él sino el derecho y el arte de pensar como mejor les parezca. Usando, pues, del derecho ilimitado de escogerse ó formarse una doctrina, según sus propios juicios, unos se adhieren al Fatalismo, otros al Deísmo, otros á la Providencia &c. Los hay (y por cierto no los menos numerosos, ni los menos lógicos) que sacan del derecho de elegir en todo, el derecho de rechazarlo todo, á los antiguos y á los modernos, al grande Aristóteles y á Mr. Cousin, para no deber mas que á sí mismos el ídolo que hayan de adorar, ó mas bien para ser ellos mismos su propio ídolo. Lo único en que todos ellos están de comun acuerdo es la infatuación de su propio pensamiento, hallándose persuadidos así escépticos como materialistas y demás, que son poseedores de la verdad.



Achaque muy antiguo de la razon es este orgullo, Señores, especialmente visible en los que tienen por oficio enseñar la *sabiduría*: «Los capitanes griegos, dice Plutarco, despues de la derrota de los Bárbaros, estando reunidos en consejo para dar sus votos sobre la adjudicacion de los premios y honores del valor, todos se juzgaron á sí mismos los primeros y mas valientes: y entre los filósofos no háy uno que no haga lo mismo.» Y todos tenían razon á su manera; pues á sus ojos la verdad es una cosa relativa y variable segun las inteligencias que la forjan, esto es, privada de la antorcha que la ayudaba á dirigirse en las oscuridades de las ciencias todas: esta antorcha, señores, es como ya he dicho, el gran principio de toda sabiduría, el conocimiento de Dios. El eminente filósofo, el apóstol de las gentes, San Pablo, decia á los hombres mas sabios de su tiempo que entreveían ese principio, pero que no querían abrir los ojos para reconocer sus consecuencias necesarias. Por ejemplo, el órden visible del mundo les descubria patentemente las invisibles perfecciones del Criador; y aunque la consecuencia de esta doctrina fuese el tributarle el homenaje debido, rehusaban servir á aquel que reconocian por su soberano. Así gemia la verdad cautiva, y sufría en ellos violencia, porque no obraba en toda su fuerza; de modo que era necesario libertarla de aquellos violentos usurpadores, y reponerla como una honesta y púdica virgen, en manos del cristianismo, quien solo la conserva en su pureza.

La razon católica no se ha limitado á conservar la verdad en toda su pureza; tenía tambien y tiene su eclecticismo, muy diferente del de la razon independiente ó protestante. Recogiendo con cuidado los restos de la sabiduría antigua y las luces que todo estudio humano puede suministrar, iba ella probando y colocándolas despues como una muralla, ó como un adorno en derredor del trono en que asentaba la verdad. Escuchemos á San Juan Damasceno: «La ciencia, segun este sapientísimo Doctor, es el conocimiento verdadero de lo que es: no teniéndolo nuestro espíritu en sí mismo, como el ojo no tiene la luz, necesita un maestro. Este maestro es la verdad, la sabiduría en persona, Dios, Jesucristo en quien todos los tesoros de la ciencia están encerrados. La aplicacion y el trabajo pueden enseñarlo todo, pero mediante la gracia de Dios ante todo y despues de todo. Pueden consultarse los escritos de los sabios gentiles,

acaso se encuentre en ellos alguna cosa útil á nuestra alma. Todo artesano, para hacer su obra necesita instrumentos, tambien nosotros nos serviremos de aquellos. Las ciencias puramente son servidoras de la verdad, son instrumentos y armas para defenderla.» «La definicion y el objeto de la filosofia», añade el mismo santo, «es la ciencia natural de lo que es en tanto que es eso, la ciencia de las cosas divinas y humanas, la imitacion de Dios, el arte de las artes, la ciencia de las ciencias, en fin, el amor de la sabiduría. Ahora bien, la verdadera sabiduría es Dios, luego el amor de Dios es la verdadera filosofia.»

Siglo y medio despues que el protestantismo hubo apartado á la filosofia de esta ancha y luminosa vía, el protestante Leibnitz, no tuvo mas que considerar la nueva marcha y las fatales tendencias del espíritu filosófico, para anunciar con mas de 100 años de anticipacion, las revoluciones que vienen conmoviendo á la Europa. Espantado este grande hombre de los peligros que los cimientos mismos de la religion y del órden público corrian ya entre los suyos, escribia de Maguncia á uno de sus amigos en el año de 1670: «Ojalá que todos los sabios reunan sus fuerzas para destruir al mónstruo del ateismo, y no dejen acrecentar mas un mal del que solo se puede aguardar la anarquía universal.»

No fué escuchado: y el mal mas grande y terrible aun de lo que él lo veia, multiplicó sus estragos invadiendo todos los ramos de la enseñanza. Apartado de esta el elemento divino, era imposible que la razon individual, proclamada soberana, limitara su poder á elegirse una religion y una filosofia, y entrase despues dócilmente en la regla social, conservando á la autoridad temporal el carácter divino que ella negaba á toda autoridad.

Dejando, pues, indicada esta rigorosa necesidad de que la razon individual, soberana en religion, soberana en las ciencias filosóficas y literarias, llega á serlo tambien en política; añadiré que las ciencias todas, privadas del conocimiento de Dios, de esa inteligencia universal, que cerniéndose, digámoslo asi, sobre todos los seres, los ilumina y las hace perceptibles á la razon, caen en el aislamiento. Sucede para cada una de ellas, lo que para los individuos humanos, faltándoles Dios, ningun lazo puede reunir las para hacer de ellas la ciencia universal, lo mismo que ninguna ley de la razon puede reunir los individuos para

formar con ellos la sociedad. Cada una de ellas en particular progresa sin duda, por medio de investigaciones mas estensas, y por medio de estudios sobre los fenómenos que forman su objeto; pero ni un rayo de luz divina conduce los ojos del explorador hácia el conjunto, del cual solo abarca una mínima parte. Para el espíritu que lo contempla sin Dios, el hecho mejor conocido queda incomprendible; fáltale la causa y el destino final, es decir, todo; y la pretendida ciencia de los hechos naturales no es mas que una estéril nomenclatura de impenetrables arcanos.

Mas nó por eso, Sres., quisiera que por un momento se me tachase de querer establecer que todo hombre científico se ve en la necesidad ú obligacion de serlo universal. Reconozco, sí, que todas las ciencias son solidarias, porque la verdad que cultivan bajo distintos aspectos es una, y que consideradas bajo su verdadero punto de vista filosófico, son, como antes he dicho, las servidoras de la verdad, teniendo por objeto la esplicacion de los fenómenos de la naturaleza, que no son otra cosa que la manifestacion de la accion divina: y habiendo repartido la Providencia sus dones con mano benévola, confiriendo á unos el don de profundizar los secretos de la tierra, á otros el de medir con un compás los inmensos espacios de los cielos, á estos el don de curacion, á aquellos el don de lenguas &c., contrabalanceando así la ventaja que los unos tienen sobre los otros, para que todos concurren á la esplicacion de esta manifestacion, asi como los instrumentos en un concierto contribuyen á formar un todo armonioso, sin embargo de ser distintos entre sí, no hay razon, pues, para que toda persona dotada siquiera de talento ordinario, nó pueda esperar por medio de un trabajo perseverante aumentar los testimonios generales que militan en favor de la verdad, ya en esta ciencia, ya en otra, pues que todas ellas son susceptibles de ser utilizadas en interés de la Religion, considerándolas como canales adecuados, por los cuales deben llegar á nuestro entendimiento una percepcion y un sentimiento verdadero de las perfecciones divinas, como un espejo en el que pueden contemplarse mejor las formas corporizadas de cada uno de los atributos grandiosos y admirables del Ser Divino, y como la impresion del gran sello de la creacion, en el que grabó una mano divina los caracteres místicos de la mas profunda

sabiduría, los encantos omnipotentes de una potencia productiva, y los emblemas mas expresivos de un amor que todo lo abraza y conserva.

Y aquí, Sres., no puedo menos de confesar que no se pueden contemplar sin admiracion esos maravillosos descubrimientos que ha hecho la ciencia para penetrar la naturaleza, ni esas tan bellas invenciones del arte para acomodarla á nuestro uso. El hombre, puede decirse, ha cambiado la faz del mundo, ha sabido sojuzgar las fieras, dar casi vida á las cosas inanimadas, obligar á la tierra á que le dé frutos sabrosos en vez de los silvestres que producía, convertir los venenos en remedios.... Seria supérfluo referir como sabe manejar los elementos mas intratables, el agua y el fuego, esos dos grandes enemigos, que sin embargo se conciertan para servirnos en tan útiles, necesarias y rápidas operaciones. Ya comprendéis, Sres., que aludo al vapor, á ese potente motor que el hombre ha hecho esclavo suyo, para que le sirva al pensamiento con la velocidad del rayo. Pero, ¿qué mas? Ha subido á los cielos, y para no perderse en las inmensas llanuras de los mares, y en las intratables asperezas de la tierra, ha enseñado á los astros á que le sirvan de guia en sus viajes, y para medir con mas igualdad su vida, ha obligado al sol á darle cuenta, por decirlo así, de todos sus pasos. Y todo esto, ¿qué prueba? Que Dios, segun el oráculo sagrado, habiendo formado al hombre para ser el gefe, el dominador del universo, á pesar de que la degradacion que sufrió por la primera culpa, le hacia indigno de su inmensa bondad, le ha dejado cierto instinto de buscar lo que le falta en toda la estension de la naturaleza. Y dígaseme ahora, ¿cómo hubiera podido tomar tal ascendiente una criatura tan débil y tan espuesta, por su cuerpo, á los insultos de todos los demás; si no tuviera en su espiritu una fuerza superior á toda la naturaleza visible, un soplo inmortal del espiritu de Dios, un destello de su luz, un rasgo de su semejanza? De ningun modo, y esta es la mas patente demostracion de la inmortalidad del alma, y de su dependencia del Criador.

Concluyo, Señores. Solo me resta dirijirme á vosotros, queridos alumnos, para deciros, que la presencia del primer magistrado de la provincia, y de las demás autoridades y personas que

nos han favorecido con su asistencia á este acto, es un irrecusable testimonio del afecto y del vivo interés que os profesan. Creedlo, amigos míos, este interés, este deseo de benévola protección, os seguirán aun fuera de este gimnasio, pues los poderes públicos no son indiferentes espectadores de los trabajos y de la vida del pueblo. Pero también vosotros debéis merecer, y justificar este interés conservando con fidelidad la memoria de las lecciones, y sobre todo de los ejemplos que vuestros maestros os han dado. Por último os diré con las palabras de un célebre filósofo contemporáneo: «Todo lo debemos á la Religión; fuerza, virtud, razón, luces»: encaminad pues á ella vuestros estudios, y en cambio os dará inagotables tesoros de sabiduría; ella nutrirá y engrandecerá vuestra inteligencia, os mostrará el camino de la vida y de la ventura, y en fin os dictará reglas fijas y seguras para llenar aquí en la tierra el destino que la Providencia os tiene reservado.

HE DICHO.



